



**vista literaria**

*Número* Cuarenta y tres

Cuarenta y cuatro

AÑO XIII / 2ª ÉPOCA  
MARZO-2009

# La poesía interartística de Juan Carlos Friebe

## POESÍA

Juan Carlos Friebe

*Las briznas. Poemas para consuelo de*

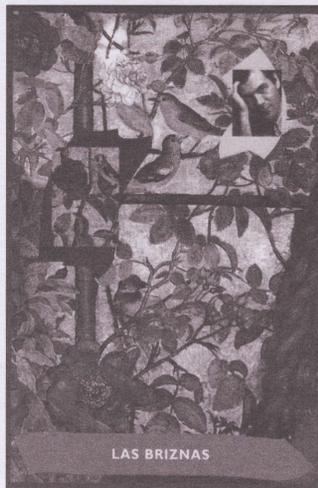
*Hugo van der Goes*

Point de Lunettes, Sevilla, 2007

## Antonio Chicharro

*LAS briznas. Poemas para consuelo de Hugo van der Goes* (Sevilla, Point de Lunettes, 2007), libro que ha merecido el X Premio de Poesía “Paloma Navarro”, es algo más que una colección de poemas hermanados para la ocasión y reunidos por razón de proximidad temporal y estética entre sí. El libro constituye en realidad un gran poema único, un poema de poemas, un complejo signo poético de signos poéticos, de estructura literalmente sinfónica –un tema, varias voces, partes con sus tempos, e incluso sus necesarios apéndices–, en el que el lirismo de las piezas poéticas se incrusta en la estructura narrativa de una historia, la del pintor Hugo van der Goes, al que se lleva incluso al título general del poemario. El libro es, si lo miramos desde la impronta que todo lector posee de los géneros literarios, un poemario que difícilmente se ajusta a la rigidez de un molde literario y no sólo eso, sino que está organizado internamente como si se tratara de una obra musical con indicaciones en este sentido, como ahora diré, lo que lo convierte en un libro además interartístico, hermosamente híbrido como híbrida es la lógica de sus poemas que se alimentan tanto de experiencias culturales como lineal y directamente primarias o, por decirlo así, vitales, en lo que insistiré.

Su lectura nos procura además una experiencia estética superior proveniente de utilizar los mimbres de una doble narración –la que se obtiene de los paratextos de los poemas, en los que se van ofreciendo consecutivamente estrofas del *Stabat Mater*, himno medieval en latín sobre la Virgen y el dolor por



la muerte de su hijo, del que se ofrece la traducción en apéndice; y la historia del pintor holandés contada por uno de los hermanos del Convento del Valle Rojo que, a modo de crónica, se ofrece en cuatro fragmentos que corresponden a las cuatro partes centrales del libro, generándose así una suerte de intriga inducida por efecto de la inclusión de una serie de poemas entre los fragmentos de dicha crónica–; pero, además de esta precisa y milimétrica estructura narrativa, el efecto estético a que me refiero proviene muy especialmente del hondo lirismo de las unidades de los poemas –en realidad, arias verbales o cantos de una sola voz–, poemas a cuya lectura somos guiados como si se tratara de una obra musical. Así, tras los dos poemas liminares sobre la caída y, he de decirlo bien alto, dignidad del hombre, el poeta nos va recomendando un tempo lector para generar un contraste en nuestra andadura por el libro. Así, un *lento*, el movimiento básico de toda música, en la lectura de la sección “El claustro rojo”; para continuar en las dos siguientes, “El camino de Lovaina” y “Colonia”, con un *andante moderato* y un *adagio giusto*, respectivamente; y un *maestoso* para la parte final elegíaca, la titulada “Tránsito de la Virgen”, lo que supone recomendar un tempo pausado de aire solemne.

Pero las briznas que conforman esta sinfonía verbal también arrastran

oblicua cuando no de forma directa el referente de un pintura y de su humano y enfermo ejecutor, Hugo van der Goes, enfermo de bilis negra, uno de los cuatro humores principales del organismo, según las antiguas doctrinas de Hipócrates y Galeno, es decir, enfermo de melancolía, razón por la que introduce nuestro poeta una cita nietzscheana al comienzo de su libro e interna razón última que le lleva a escribir los poemas para consuelo de su, con base real, imaginario destinatario interno, o sea, el poetario. Esta ofrenda poética, que conlleva una concepción del arte como fruto de una humana y superior actividad de orientación trascendente y, en su medida, paliativa del principal e incurable mal que afecta a los hombres que es la conciencia y el hecho de su propia muerte, salvando la lógica interna del libro, va dirigida a todo lector suyo. Así, los lectores seremos consolados por poemas en los que su autor ha logrado casi el milagro de guardar en un cesto de palabras y para su abierta e indefinida ejecución posible las emociones estéticas que en un momento la vida y el mismo arte le provocaran, alojando y objetivando allí esas briznas o momentos efímeros en que el ser humano se levanta un palmo sobre el suelo que pisa, briznas que como dice Juan Carlos Friebe son “preciosos regalos de la existencia que no solemos apreciar: las espesuras del mundo y del tiempo esconden briznas perfectas e instantes sutiles en los que no reparamos”. Ahora hablaré de alguna de estas briznas.

Pero tan alta ambición constructiva, que viene de un único proyecto estético que se ayuda de las artes y de su primaria experiencia cultural y a ellas lleva por medio de la palabra, cuenta con un fuerte componente en su elaboración que, dado el juego de las significaciones en nuestra cultura, resulta determinante para el libro y no sólo por cuanto opera con la historia de un pintor de los Países Bajos de la segunda mitad del siglo XV, del que se da amplia noticia en el apéndice tercero, que, enfermo mental, acabaría su vida como lego en un convento y cuyos mejores cuadros son de asunto religioso. Me refiero, claro está, al elemento religioso y particularmente al caudal de la religión cristiana. Esto

no es nuevo en nuestra poesía, como todos sabemos. Sólo hay que abrir los libros de poetas, creyentes y no creyentes, para encontrarnos invocada la divinidad a la que se interpela o a la que se le habla desde los versos. Si pusiera ejemplos, tendría que citar los nombres de centenares y centenares de poetas. No lo voy a hacer. Pero quiero que no se olvide el lector de este aspecto cuando lea el libro. Conviene fijarse en que la parte liminar opera en su primer poema con la idea bíblica de la expulsión de Adán y Eva del Paraíso y que culmina con un impresionante texto poético en el que el sujeto poemático interpela al Creador tratando de comprender y comprenderse y poniendo sobre la mesa del poema sus paradojas sobre la muerte, el deseo de una vida sin conciencia y la realidad de una tremenda lucidez, la idea de sí mismo como poeta y, como tal —aquí hay una huella platónica—, depositario de una “melancolía de lo efímero”, aceptando finalmente la caída pero no el descendimiento al modo de la bajada de Cristo desde la Cruz.

Ahora bien, tras esta visión global del libro, tras la comprobación inequívoca de sus vetas culturalista y religiosa, no se crea que carece de esa capacidad de provocar hondas emociones y conmover nuestro espíritu. *Las briznas. Poemas para consuelo de Hugo van der Goes* utiliza estos materiales y el soporte de una historia de un pintor que acaba en la locura para construir con ellos los edificios de palabras de los poemas donde habitan la profundamente humana conciencia de soledad, la paradoja del yo, la afirmación de la vida por encima de todo pues ella todo lo contiene; la reflexión por trascendente vía estética sobre la muerte; la conciencia de lo nombrable y lo innombrable y su distancia, el misterio; la pérdida y añoranza del paraíso de la infancia y las muy escasas sombras del mismo en la salida al mundo que supone la conciencia, con algún *locus amoenus* y, sobre todo, el amor, también con sus paradojas; el canto de la vida simple; y, por último, el llanto por una muerte cercana. No creo que haya que insistir demasiado en decir que tales asuntos centrales que ocupan al poeta vienen envueltos con el papel de una sosegada tristeza que no le impide amar la vida. Claro que nombrar estos asuntos

es decirlo todo y no decir nada. Lo que a la postre vale es la red y fenómenos discursivos con los que se levanta el poema y el poema de poemas que es el libro y que provocan esas emociones a que me refiero.

En este sentido, la parte liminal y la parte final son con toda conciencia más breves, las cuatro restantes poseen un parecido número de poemas, salvo la última, la titulada "Tránsito de la Virgen" y que se basta con un intenso poema elegíaco cuyo título, "Amén", no necesita de más comentario. Todas comienzan con un poema en prosa que el autor llama "Glosas íntimas" que vienen a cumplir una suerte de densa introducción poética a la respectiva sección. Así, en la primera y con una estructura de oposición binaria en sus imágenes definitorias (miel/daño, pluma/zarza, luz/sombra, dulce/amargo, cachorro/fiera) y mediante la personificación, se refiere a la soledad. En la segunda, de fuerte contenido alegórico y, en consecuencia, con una encadenada red de metáforas, el poeta asocia al hombre una trampa para insectos y el modo en que éstos van cayendo. Así da paso a la parte en que mayor protagonismo referencial cumple el pintor, ya hermano lego en su libro. La tercera glosa es un profundo canto solidario de la vida

simple en humana comunión simbolizada por un brindis, que me parece muy hermoso. La cuarta y última glosa es poética reflexión sobre aspectos de la identidad del sujeto poemático que da pie a unos poemas con numerosos motivos y extraordinaria imaginería amorosos. Cada glosa, como decía, da paso a la crónica de la vida del pintor y ambos textos preceden a los respectivos poemas de cada parte: dos en la primera y liminar, seis en la segunda, seis en la tercera y cinco en la cuarta. Aquí se observa un principio de la armonía final que posee el poemario. Pero ésta también viene provocada por otros aspectos. Por ejemplo, predominan los poemas estróficos y poliestróficos de versos endecasílabos, el eficaz uso de sangrados y blancos tipográficos que marcan mayores pausas lectoras para lograr luego un efecto, una densísima red de tropos, no pocos innovadores y que producen sorpresa y otros que no desprecian cierta simbología de larga tradición como la noche y la luz para revalorarla a la luz de un imprevisto valor semántico.

Hasta aquí esta aproximación a uno de los más hermosos libros de un poeta de Granada, Juan Carlos Friebe, que para suerte de los lectores está dejando de ser secreto.